

PARTE I

TIEMPOS DE CENIZAS

1

Una llamada de teléfono prendió la mecha de su destino. Aquella noche de crudo invierno, Tomás atravesó las entrañas de una ciudad dormida para acudir a la cita que le marcaría el resto de su vida. Días antes, un desconocido lo llamó para prevenirle de una terrible amenaza. Ángel, dijo que se llamaba. Con un nudo en la garganta llegó al lugar acordado, un rincón del casco antiguo que olía a rancio y humedad. No había nadie. Una tiniebla gris se extendía a lo largo de la calle y engullía todo rastro de vida. Encendió un cigarrillo y se fundió en un paisaje de piedra, entre cenizas y recuerdos. El frío, el vacío y la oscuridad silenciaban las calles solitarias.

El lugar de encuentro era el portal de una vieja juguetería ensombrecida por una ornamentación oscura y decadente. La fachada, de generosas marquesinas y profundos arcos medievales, sostenía pequeñas estatuillas que parecían, con los rostros desfigurados, imágenes de una pesadilla. Alzó la vista y halló desolación. El tintineo de un viejo cartel, colgado sólo de uno de los dos picos de pájaro de hojalata, golpeaba tímidamente el nombre de la juguetería...

Con las manos apretadas en los bolsillos de un robusto abrigo y un elegante sombrero negro calado hasta la frente, la silueta de aquel hombre despuntaba en el recoveco del portalón como una sombra inquieta. A su alrededor, las miles de almas que deambularon por su entorno supuraban ese extraño gorgoteo de voces y letanías que aprisionan los lugares antiguos y misteriosos. Inmóvil y pensativo, parecía como si formara parte de un decorado milenario. Muchas generaciones escuchaban, en silencio, su historia. La historia que

Tomás reflejaba en el brillo de unos ojos claros enfocados a un infinito de oscuridad...

De pronto, el sonido de unos tacones de mujer le apartó de sus pensamientos. El eco retumbaba en el silencio de la noche como campanadas fúnebres. Con el pulso acelerado volvió la cabeza hasta los pasos y vislumbró una silueta femenina acercarse por entre las sombras nocturnas. Sorprendido, pudo apreciar en la penumbra un rostro tan hermoso como enigmático.

La mujer, joven y altiva, parecía haber llegado con el mundo entero a su alrededor.

—Usted debe de ser Tomás, ¿no? Soy Gabriela —expresó con voz delicada, pero firme.

Sintió una punzada de calor en el pecho. Sacó las manos de los bolsillos y constriñó los ojos.

—¿Dónde está Ángel? —inquirió desconcertado; el cuerpo, tenso—. ¿Quién es usted?

—Ángel falleció hace unos días —se acercó lentamente hasta pocos metros de Tomás—. Soy su sobrina. Mi tío me habló de usted, mejor dicho, un médico amigo suyo que le asistió en su enfermedad me transmitió su deseo de que acudiera a esta cita en su nombre para avisarle de algo que concierne a su seguridad.

Un soplo de brisa arrancó el perfume de la mujer. Aquella fragancia le acarició con un aliento cálido y desconocido.

—¿Ángel falleció? Explíquese —salió de la penumbra y se dejó ver una expresión de inquietud—. ¿Cómo han contactado conmigo?

—Le contaré todo lo que sé... —asintió y suspiró brevemente.

Tomás miró a su alrededor y comprobó que estaban solos. Sin saber por qué, la presencia de Gabriela le reportaba sosiego.

—Verá, al principio dudé en venir —comenzó Gabriela, mirándolo fijamente a los ojos—. Pensé que se trataría de una alucinación, de un mal sueño que mi tío había sufrido, fruto de su enfermedad. Creí que usted no existía, que era una historia imaginada en una mente brillante de escritor trastornada por la enfermedad. Pero luego, don Leandro, que

así se llama el médico amigo de mi tío, me insistió que debía acudir en nombre de Ángel a la cita que tenía con usted. Ese deseo formaba parte de sus últimas voluntades. Todas las descripciones que me dieron coinciden a la perfección. Es usted exactamente tal como me lo han descrito; incluso este sitio y lo que iba a acontecer es como una fotografía con la escritura de su relato al dorso. Vengo conduciendo desde Madrid. He estado pocas veces en Segovia y apenas conozco la ciudad, pero no ha sido difícil encontrar la vieja juguetería. Por el camino, he pensado mucho en esta misteriosa cita y no sé qué relación le une a mi tío; yo estoy tan intrigada como usted, ¡créame, por Dios! Él sabía algo que le atañe y quería comunicarse con usted.

Tomás frunció el entrecejo y la miró sin comprender.

—¿Me quiere decir que su tío Ángel me conoce? No sé quién es. ¿Por qué me llamó la semana pasada para vernos precisamente hoy? ¿Y por qué aquí, a estas horas de la noche?

—Don Leandro me dijo que Ángel conocía los motivos que atormentan su vida y quería avisarlo del peligro que corre.

Los vahos de las respiraciones se enredaron en la atmósfera.

—¿Y de qué me tiene que avisar?

Con una mirada de conmiseración, Gabriela negó con la cabeza.

—No lo sé. Lo que sé es que tenía que estar aquí para cambiar los acontecimientos.

Tomás palideció. Tras el recorte de luz de la última farola, el fondo oscuro del laberinto de callejuelas runruneaba misteriosamente.

—¿De qué acontecimientos me habla?

—Me confesó que esta cita cambiaría el curso de su historia —miró con desconcierto alrededor antes de sostenerle la mirada—. Me insistió en que estuviese aquí, precisamente en este punto y hora, para desviarle de un destino cuya naturaleza desconozco. Lo siento, no puedo decirle nada más. Realmente ignoro lo que averiguó mi tío sobre usted. ¿Qué está pasando?

Perdió la mirada y se quedó en silencio unos instantes. Notó que la tensión de su cuerpo se aflojaba ante la proximidad de Gabriela. Asintió

varias veces con la cabeza, lentamente, y capturó de nuevo las pupilas de la mujer.

—Me llamo Tomás Quintero, y soy cronista de un conocido periódico de la ciudad.

—¡Ah! Entonces es usted periodista.

—No exactamente, pero se puede decir que sí. Mi trabajo consiste en ocuparme de una columna del periódico. Digamos que escribo artículos relacionados con ciertos acontecimientos extraordinarios.

Gabriela conjuró un gesto de extrañeza.

—Quiero decir que escribo sobre situaciones de ámbito social, eventos clandestinos, organizaciones humanitarias con ánimo de lucro y, en fin, todo lo que represente el engaño, la mentira y la corrupción.

—Así que es como un moderno Robin Hood, sólo que cambiando el arco y las flechas por la tinta y el papel. Debe de ser una especie de investigador de causas perdidas —dobló ligeramente la cabeza y mostró una sonrisa radiante.

—Alguien tenía que hacerlo, ¿no cree? La intención de mis artículos es desenmascarar a aquellas organizaciones que se aprovechan de personas susceptibles al engaño y a la estafa. Y es por causa de una de estas “organizaciones” por lo que estoy amenazado.

—¿Tan grave es? ¿Hasta qué punto le han amenazado?

—Me han amenazado de muerte. Y temo por mi esposa y por mi hija. Sólo pensar que les sucediera algo, que la mano de la venganza las alcance..., terminaría por destrozar mi vida —entornó los ojos hacia el vacío y apretó los dientes.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó con una diminuta arruga en el entrecejo.

—Todo empezó hace unos seis meses. Uno de mis contactos me informó que una secta religiosa se reunía en los bajos de un edificio abandonado de una manera sospechosa. Pensé que se trataría de una de esas sectas con fines dudosos y decidí averiguarlo.

»Aquella maldita tarde, esperé en un escondrijo hasta que fueron apareciendo los primeros feligreses: gente de toda clase que parecían

actuar como autómatas, con las miradas perdidas y sin reconocerse unos a otros. Entraban por una puerta que comunicaba a una especie de sótano. En su interior, debían estar los cabecillas del grupo encargados de reunir a sus fieles en secreto. Me acerqué cautelosamente hasta ver asomado por una ventana a uno de ellos vigilando la entrada. Permanecí inmóvil tratando de no llamar la atención, y a los pocos minutos empezó un extraño cántico. Al principio sólo se oía una voz, profunda y cavernosa, y en aquel momento comencé a inquietarme. A la primera voz se unieron otras y se escuchó un coro infernal. Al cabo de un rato sólo se oyó de nuevo la misma voz del principio. Entonces... me estremecí. Aquella voz no era de ningún lenguaje conocido. Parecía proceder de un antiguo dialecto de los primeros pobladores del mundo de lo oculto. Era como si estuviese invocando a algún demonio en su lengua natal.

—¡Dios mío! —exclamó Gabriela, impresionada—. Debió de ser horrible. ¿Cómo pudo salir de aquella situación?

—Lo que pensaba que se trataría de una panda de chiflados se convirtió en algo muy serio y peligroso —bajó la mirada unos segundos y removi6 las manos en los bolsillos—. Seguí en el mismo lugar sin atreverme a mover un músculo, hasta que terminó aquella extraña celebración. Vi salir a una columna de hombres y mujeres con rostros inexpresivos y misteriosamente en silencio. Desde mi escondite, reconocí a uno de ellos como empleado de una fábrica de papel y material de oficina de la cual mi periódico se abastecía. ¡Ya tenía una conexión! Con el corazón en vilo intenté ver al cabecilla, pero ya nadie quedaba en el interior. Cualquiera de entre aquellas personas podría ser el autor del ritual. Todos eran sospechosos. Me fui al periódico y empecé a redactar el suceso.

»Al día siguiente, me dirigí a la fábrica de papel con un extraño presentimiento. Conduje unos catorce kilómetros hacia el noroeste de la ciudad, hasta llegar a un lugar llamado El Rojal. Hablé con el Sr. Montosa, uno de los más antiguos de la fábrica, cuyo cargo es administrador general. Le conté todo lo ocurrido y le di la descripción

del hombre que identifiqué. Enseguida lo reconoció como empleado suyo. “¡Santo Dios, es él!”, contestó. Se llama Lorenzo Montres y hace ya más de dos semanas que no aparece por la fábrica. Lorenzo es un buen hombre y buen trabajador. Pero desde que enviudó el pasado verano se ha convertido en otra persona, huraña y solitaria. De un tiempo a esta parte, su comportamiento ha sido cada vez más extraño. Al principio, pensábamos que era una conducta propia del dolor que sufría por su pérdida, pero después fue adquiriendo ciertas manías que le condicionó como un “tipo raro”; incluso algunos compañeros suyos dicen que les da temor su mirada desvariada y ciertos aspavientos que hace sin control. Avisamos a una hermana suya, la única pariente que conocemos, y nos comentó que había denunciado su desaparición a la Policía. No había rastro de él hasta que usted lo vio en aquella misteriosa reunión. Lorenzo debe de estar manipulado por esa especie de hermandad. Si le sirve de ayuda, puede hablar con su hermana Clara: trabaja de cocinera en la cafetería *Olimpia*.

»Me despedí del Sr. Montosa con el presentimiento cumplido. Algo me decía que no iba a encontrar a ese hombre en su puesto de trabajo.

—¿Iría usted a la Policía, no? —inquirió Gabriela, dando por hecho que sí.

Tomás asintió.

—Lo hice. Y para mi sorpresa, me comunicaron que estaban investigando cuatro desapariciones en las mismas circunstancias; todas ellas en las últimas dos semanas. Inspeccionaron el lugar a fondo y no consiguieron encontrar nada. Interrogaron a todo el vecindario, vecino por vecino; y lo más extraño era que el vecino que tenía alguna rencilla con otro aprovechaba la situación para acusarlo, despistando a la Policía y revolviendo aún más el asunto. Parecía que la cizaña había germinado en aquel barrio y se expandía como una plaga maligna. Nada se logró averiguar. Los desaparecidos siguen al día de hoy en paradero desconocido.

—¿Y qué pasó con usted? —cambió de postura y las pupilas destellaron en la penumbra—. ¿Pudo averiguar algo que le puso al descubierto y por eso le han amenazado de muerte?

—No pude hacer más de lo que hizo la Policía. Combatí a la misteriosa secta con la mejor de mis armas: escribí mi columna en el periódico y avisé a todo el mundo del peligro que corren con esa clase de organizaciones. Con mi crónica, hice un llamamiento para alertar a la sociedad y difundí la colaboración con la Policía. Había que encontrar a los desaparecidos y buscar las pistas necesarias para desenmascarar al siniestro grupo que traía de cabeza a la ciudad. Todo fue en vano.

»A los pocos días de escribir mi artículo, recibí una llamada en la redacción. Fue la primera de una serie de llamadas anónimas en las que me amenazaron de muerte. El mensaje de la secta reflejaba su propósito de venganza.

»En el pasado he sufrido alguna que otra amenaza a consecuencia de mis artículos, y nunca me han supuesto un peligro real. Pero esta vez, la cosa fue más lejos. Me amenazaron con recibir un castigo que nunca ser humano había conocido en este mundo. Me dijeron que mi familia también correría la misma suerte... Y lo peor fue reconocer aquella voz anónima. Era la misma voz que escuché en aquella demencial celebración. Con acento extranjero, parecía llamarme desde algún infierno lejano. Tengo en mi mente, repitiéndose como un tambor maldito, la última frase: “Desearás morir de verdad”.

—Lo siento —intervino Gabriela, visiblemente preocupada—. Ahora comprendo el temor que siente por su familia. Espero que pronto se solucione todo y pueda vivir tranquilo de nuevo. Rezaré para que así sea.

Un largo silencio medió entre ellos sin más compañía que el latido de la penumbra y el sonido del viento. Tomás tendió la mirada al infinito proyectando una sonrisa amarga. Gabriela lo miraba detenidamente.

—Su tío debía de saber algo, o tal vez me conocía por el periódico y quería avisarme de algo relacionado con el caso, pero lo que me asombra es que le encargara a usted avisarme de un peligro que

presuntamente va a suceder en este tiempo. Esto sólo añade más misterio al misterio.

—Todo esto es muy extraño —pensó Gabriela en voz alta—. Mi tío Ángel conocía la existencia de su problema, y quizá, por alguna razón que desconocemos, sabía la solución.

—Tal vez, pero ahora Ángel ya no está con nosotros y no podrá decirme nada.

—Hable con don Leandro. Todo lo que Ángel sabía se lo habrá confesado a él. Era su amigo y confidente. Lo podrá encontrar en el sanatorio de San Carlos, a las afueras de Madrid. Ejerce de médico cardiólogo y pasa consulta en el mismo centro. Pregunte por Leandro Zabala. Es la única persona en el mundo que sabe el motivo que tenía Ángel para llamarle.

Tomás respiró profundamente y asintió.

—Iré a visitarlo. Si hay alguna pista que me pueda dar ese hombre, la buscaré. Gracias por todo lo que ha hecho por mí —una leve sonrisa se dibujó en sus labios—. Es tarde. Su familia debe estar preocupada.

Gabriela gesticuló una sonrisa y negó con la cabeza. Un hilo de luz cayó de los reflejos del techado y encendió su aliento.

—No se preocupe, vivo sola. Mi tío Ángel era la familia que me quedaba.

Tomás la miró largamente, asintiendo.

—¿Cómo le puedo agradecer lo que ha hecho por mí?

—Sea usted feliz.

Aquella respuesta le sobrecogió y se quedó en silencio.

Se fijó en la belleza de la mujer, y durante un instante se olvidó de todo. Tenía melena negra y los labios de carmín rojo resaltaban en una piel clara y luminosa.

Inmerso en un mar de dudas, clavó de nuevo la mirada en aquellos enormes ojos y asintió apretando los labios, sin saber muy bien qué decir.

Gabriela le sostuvo la mirada y asintió dulcemente. Con una expresión alentadora, cogió las manos de Tomás y añadió:

—Cuídese. Si descubro algo nuevo le llamaré.

El contacto de los guantes transmitía un calor especial y confortable, de una extrema calidez. Se dio la vuelta y se dirigió al mismo camino que la trajo.

La mujer se fue tan misteriosa como vino. La vio alejarse y se extasió en aquella hermosa silueta hasta perderse entre las sombras de la noche como una aparición que se difuminaba por momentos. Aquella mujer tenía algo extraño que a Tomás le resultaba familiar. Era la primera vez que la vio, pero creyó conocerla de mucho tiempo atrás. Le recordaba una visión borrosa en el fondo de la mente luchando constantemente por mostrarse con claridad.

Gabriela se presentó en su vida como una luz repentina en medio de una inmensa negrura. Volvería a verla, pensó, de eso estaba seguro.

2

Las calles de Segovia estaban sumergidas en una plasta negra y húmeda que descendía desde el Acueducto como una telaraña de tinieblas. Atravesó los tramos oscuros del centro histórico y continuó por nuevas calzadas y carriles pedregosos. En silencio. Lo acompañaba el eco de sus pisadas como si llevara pegada a las suelas las risas de un amigo íntimo. Sólo de vez en cuando rompía el silencio una llamada de “¡sereno!” que se oía gritar a algún que otro viandante a la puerta de una cancela. No tenía prisa. Anduvo vagando por las calles durante horas, sin rumbo, ajeno al frío y a aquel viento mortecino que le azotaba el rostro con el aliento de una maldición.

Despuntaban las primeras luces del alba cuando conquistó una explanada alta, a las afueras de la ciudad. La silueta de la iglesia de la Vera Cruz emergió como un espejismo de sombra y piedra. Sin propósito ni destino llegó a parar a la llamada iglesia de los Templarios, una joya románica llena de misterio e historia escrita con la sangre de místicos y religiosos, en la que turbias leyendas de monjes soldados rondan todavía por las mentes de los habitantes de la comarca. Su emplazamiento, en una pequeña altiplanicie, corona una espléndida vista de la ciudad, y las sobrias pero bellas arquitecturas del templo hacen del lugar deleite para pensadores y vino dulce para bebedores de éxtasis.

Se detuvo delante del monumento religioso. Encendió un cigarrillo y su mirada permaneció atrapada en el horizonte. Un mundo en penumbras se desvanecía a su alrededor y una brisa gélida silbaba como un canto fúnebre.

Amanecía cuando un racimo de nubes incendiadas coronaba el cielo crepuscular. Los primeros rayos escarlatas comenzaban a derretir el velo negro que cubría la hondonada, y las guirnaldas de luz alumbraban lentamente el esqueleto de casas y barrios. Frente a él, entre montañas y llanuras, asomaba Segovia.

Descendió por la ladera que enlaza al barrio de San Marcos, para unirse de nuevo a la vida que empezaba a brotar por las calles. La ciudad se despertaba de un sueño corto y húmedo, y poco a poco renacía una vez más el alboroto con los vecinos que salían de sus casas y los primeros automóviles asomando por las vías. A su paso, aupada a hombros de una cima verde, la fortaleza de El Alcázar se encontraba tan cerca que se podía sentir su aliento.

Atravesó la Plaza Mayor y continuó por unas callejuelas empinadas que le guiaron a la juguetería de *Maldonado & Hijos*. Aquel establecimiento emergía del casco histórico como la construcción que quedaba en pie de un antiguo y misterioso convento. Se fijó en la juguetería y, a pesar que la visitó muchas veces con sus hijas y compartió sus alegrías, nunca antes había reparado en que de día era tan siniestra como de noche. Se percibía un secreto oscuro manar de entre sus piedras y las imágenes grotescas de su fachada aterraban. Suspiró con una expresión agridulce y se alejó de allí con la mirada caída, arrastrando su sombra como una nube tormentosa.

El frío y el cansancio le martirizaban y apenas podía sentirse los pies. Transitaba por las aceras soleadas para intentar calentarse. Pasó por la calle del Teatro y, en la primera esquina, decidió entrar en el bar para tomar un café.

A primera vista parecía un local pequeño y comprobó de un vistazo a sus dos únicos clientes: una mujer madura a quien resultaba difícil reconocer por el abrigo que le cubría parte del rostro, y un hombre bien vestido, como un abuelo de época, leyendo el periódico. Tras pedirle al camarero un café con leche, se dirigió a los servicios con la intención de echarse un poco de agua en la cara y despejarse.

Cuando cerró la puerta de los lavabos, se apoyó de espaldas sobre esta, y permaneció unos segundos con los ojos cerrados. Frente al lavabo, se desabrochó la corbata y se refrescó varias veces con el chorro de agua helada que caía del grifo. Lanzó un pequeño suspiro de alivio. Se apoyó con las dos manos sobre el lavabo y se miró al espejo. Reparó en la imagen de un hombre maduro de cuarenta y nueve años que, a pesar de los signos de amargura y sufrimiento, conservaba cierta lozanía y frescura. Sobre la frente caían mechones húmedos de color castaño oscuro que rozaban las cejas de unos ojos claros y profundos. En su rostro, se podía leer la vida en las líneas de la piel.

Sostuvo su propia mirada durante varios minutos, intentando descubrirse algo a sí mismo. Se preguntaba por qué le había ocurrido aquella desgracia. Pensaba en cómo cambió su vida en un instante. Un instante era la diferencia entre la felicidad y el dolor. Entre la vida y la muerte.

Se terminó de acicalar, y mientras se recomponía la corbata lanzó la última mirada al espejo. Tragó saliva y se dispuso a salir para enfrentarse a un nuevo día.

—¡Ya tiene usted listo el café! —vociferó el camarero, con el tono habitual del deber cumplido.

Asintió con una sonrisa teatral y se dirigió al silletín de la barra frotándose las manos.

El primer sorbo le supo a gloria. Sus manos heladas rodearon la taza para entrar en calor, como si contuviera una pequeña fuente de bienestar caliente. Cerró los ojos y se dejó llevar por aquella negrura que, por un instante y sin saber cómo, transporta a uno a un limbo desierto de emociones. Un mal recuerdo le abrió los ojos de nuevo.

Miró a su alrededor con tristeza. Se fijó en un almanaque que colgaba de la pared: marcaba 14 de enero de 1966. Se le vino a la mente que ya hacía algo más de dos años que ocurrió aquello y se entristeció aún más. Los ojos se le humedecieron y encendió un cigarrillo para despistar el recuerdo. Al pasear la mirada para intentar evadirse, se cruzó con los ojos que asomaban por las gafas del anciano elegante que

leía el periódico y apreció que este lo miraba fijamente. Sostuvo apenas un segundo su mirada y apartó la vista hacia un punto indefinido del establecimiento: fue entonces cuando notó de soslayo que el hombre se levantó para acercarse.

—Perdone que le interrumpa. Llevo un rato intentando reconocerle —expresó con voz ronca—. ¿Es usted Tomás Quintero, uno de los cronistas que escriben en este periódico? —señaló la prueba con un plegado perfecto, por debajo del brazo.

Aquel hombre alto llevaba la aristocracia en la mirada y vestía como si procediera de una antigua pero alta sociedad. Las barbas de marfil y las bolsas debajo de los ojos sellaban su edad. Aunque su madurez no reñía para nada con sus movimientos ágiles y su presencia altanera. Parecía una figura extraviada de un palacio parando en un lugar inusual para su porte.

Tomás asintió prudentemente.

—¿Nos conocemos, amigo?

—Disculpe mi atrevimiento. Soy asiduo lector de *La Difusión* y le he reconocido por algunas de sus fotografías. Nos conocimos en una fiesta del Ayuntamiento en la que fuimos presentados. ¿No lo recuerda? Soy un fiel lector y sigo sus artículos a pie juntillas. Su estilo es propio y directo; recuerda el legado de los maestros del pasado, para deleite de los que sabemos apreciarlos. En este país ya quedan pocos que escriban como usted.

Tomás sonrió y se encogió de hombros.

—Gracias por su crítica, pero en estos momentos no recuerdo conocerle; y, que yo sepa, no le he visto en ninguna fiesta, y mucho menos en el Ayuntamiento, donde no soy bien recibido por criticar cierta actuación de su autoridad. Si me dijera su nombre...

El anciano asintió bajando la cabeza en posición de firme.

—Claro, discúlpeme. La verdad es que hace tiempo que andaba pensando en visitarle para hablarle de un asunto que le concierne. Al verlo, aproveché la ocasión. Soy José Francisco Vallejar de Heras y

Montarán, general en la reserva, cofundador de la Orden de la Alianza, una antigua sociedad de militares ilustres.

Tomás dudó.

—El caso es que su nombre me suena...

El general le dedicó una larga mirada, sonriendo para sus adentros, como si estuviese seguro de que le recordaría enseguida.

—Entiendo que no se acuerde, de eso hace ya bastante tiempo. Fue hace doce años, en el cálido verano del cincuenta y cuatro, donde la alcaldía se prestó voluntaria para celebrar el relevo de embajadores entre España y la Argentina. Fueron invitadas celebridades de todos los círculos y acudió la prensa. Y allí es donde usted apareció. Fuimos presentados por el director de su periódico, Agustín Acuna, cuyo padre era muy querido amigo mío. A Agustín lo conozco desde que era un crío, y le he tenido postrado en mis rodillas. Por aquel entonces, Agustín ya me había hablado de usted, muy bien, por cierto, y aprovechó la ocasión para presentarnos. ¿Me recuerda ahora?

Constriñó los ojos y miró de cerca al viejo general. Lo recordaba vestido con el traje de gala militar, cargado de estrellas y condecoraciones, y le despistó verlo como un caballero de despacho ministerial elegantemente vestido.

—¡Ahora caigo! Disculpe mi mala memoria, pero hace ya tanto tiempo...

—Sí que ha pasado tiempo, sí —suspiró con nostalgia—. Y estoy más viejo que entonces.

—Pues ahora que lo dice, tiene usted el mismo aspecto. Parece que no le han pasado los años por encima.

El general lo miró por encima de los lentes y alzó las cejas. Habló como un aristócrata decimonónico.

—¡Oh! ¡Usted me adula, mi joven amigo! Mi vejez es el regalo máspreciado que el tiempo me hace. Y llevo con orgullo los signos que me marca su existencia para recordarme, con arrugas soberanas, los pocos granos de arena que le quedan al reloj de mi vida.

—Espero que sean muchos, y que usted lo pueda contar. Pero ¿qué le trae por aquí tan temprano?

—Me acuesto tarde y me levanto al alba. Cosas de la vejez. En fin, el caso es que paré aquí de casualidad a tomarme el cafetito de turno y leerme el periódico, y en eso que le vi a usted. Por cierto, hablando de periódicos, hace ya bastante tiempo que echo en falta la lectura de su columna: ¿a qué se debe?, ¿acaso ha dejado de escribir o es que se dedica a otros quehaceres?

Tomás suspiró. Se rascó la cabeza, asintiendo penosamente. El general Vallejar lo miraba con atención marcial.

—La verdad es que hace tiempo que no escribo. Estoy pasando por un mal momento, y no encuentro caso ni inspiración que me haga volver a las letras. Ayudo en el periódico con otros menesteres y suplo mi columna con tareas administrativas. Nuestro amigo Agustín y jefe mío me apoya muchísimo. Me dice con burla que estoy viviendo de la renta del pasado, supongo que para animarme.

—Pues vamos a intentar remediar ese asunto: puedo poseer información de cierta relevancia para el caso que usted denunció —expresó con aire confidencial.

El buche de café se le atragantó. Lo miró con reservas.

—¿Habla en serio? —formuló, enarcando las cejas—. ¿Qué sabe usted sobre ese caso? ¿Ha descubierto algo?

El general, hombre templado por los años, se tomó su tiempo. Asintió lentamente cerrando brevemente los ojos, convencido de que la historia que estaba a punto de contar guardaba relación con la secta religiosa que Tomás denunció y que originó la amenaza de muerte de la que era objeto.

—Fue hace cosa de unos meses, cuando un miembro de nuestra orden, el coronel don Anselmo Carranza, me relató con cierto nerviosismo un desafortunado percance que le ocurrió a su nieto Alejandro. Según don Anselmo, es hombre joven y cabal, dedicado por entero a su carrera profesional como científico en el campo de la medicina. Y lo que guarda relación con el caso son unos

acontecimientos extraordinarios de tinte oscuro que me confesó don Anselmo que había sufrido su nieto —al terminar la frase, el anciano arqueó las cejas y perdió la mirada en el vacío durante unos segundos, recordando la espeluznante historia con un escalofrío en las sienes.

—Por favor, continúe. ¿Qué ocurrió?

El general Vallejar cogió una bocanada de aire y exhaló tranquilamente mientras se acomodaba para relatar el suceso.

—Alejandro Carranza trabajaba en una importante firma holandesa que se dedica a fabricar ciertos fármacos y medicina hospitalaria. Era el responsable de los laboratorios que la empresa tiene en Ámsterdam. Un día ocurrió que, fue llamado por las autoridades sanitarias de aquel país para que se presentara urgentemente a una reunión de Estado. Allí se encontró con otros médicos y científicos de diversas áreas de investigación, convocados en las mismas circunstancias. Les comunicaron que había surgido un brote de una enfermedad desconocida en una región indígena de Brasil, tan letal y virulenta que estaba diezmando a la población. Las autoridades brasileñas no quisieron dar la alarma para evitar el caos, y acordonaron la zona para impedir la propagación de la epidemia. Pero la situación se les escapó de las manos cuando fue aumentando el número de muertes y decidieron pedir ayuda a otros países. Se preparó un equipo especial y fueron enviados urgentemente a aquella parte del mundo.

BRASIL, 7 DE JULIO DE 1965.

EN ALGÚN LUGAR DE MATO GROSSO

Su destino era un paraje abandonado de la mano de Dios donde la selva late con más fuerza, en una región inhóspita de Mato Grosso y a muchos kilómetros de la civilización. Tras un penoso viaje, la expedición formada por el científico Alejandro Carranza y un grupo de biólogos y expertos en el campo de la epidemiología llegó a un pequeño poblado indígena que olía a muerte y a locura, en donde hombres

vestidos de progreso se mezclaban con nativos semidesnudos en una escena dantesca. El desconcierto reinaba en todo el campamento y se podía palpar el miedo. Militares y personal sanitario intentaban controlar lo que, meses más tarde, se llamaría la undécima plaga bíblica. Llamaba la atención un hospital de campaña que amontonaba a las puertas un montón de cadáveres apilados en la forma aleatoria que los arrojaban.

Tras reconocer la situación y apreciar la magnitud del desastre, Alejandro intentó, junto al equipo de científicos, atajar la propagación de la epidemia de la manera que fuese. Ayudó en las autopsias, y lo primero que le llamó la atención fue que los órganos vitales se encontraban sanos, sin alteración alguna, sin lesión aparente ni congestión que hubiera ocasionado daños mortales. Las analíticas de sangre tampoco descubrieron el agente que causara la muerte por envenenamiento.

Las autopsias no revelaron nada anormal.

Continuaron investigando hasta que, pasados unos días, cesaron las muertes, tan misteriosamente como empezaron, y la normalidad comenzó a florecer en el caótico campamento. Parecía que el cielo había derramado unas gotas de líquido del fin del mundo y una mancha oscura avanzó por el mapa, exterminando la vida en su camino.

Cierta noche, mientras Alejandro dormía, irrumpieron en el barracón varios indígenas vociferando su dialecto inentendible y muy excitados: enmascarados por pinturas y adornos, destacaban como muñecos de terror a la tenue luz que desprendía una lamparilla. Uno de ellos llevaba una especie de botella de cristal, como una vieja licorera medio llena de una sustancia anaranjada. Azuzaban a Alejandro para que se levantara y los siguiese tirándole de las manos. Ya en el exterior, estaba claro lo que pretendían: señalaban la negrura de la selva.

Los indígenas se movían raudos y veloces. Alejandro apenas sentía miedo. No tenía tiempo para sentirlo. Tenía que intentar ser tan veloz como eran ellos, o corría el riesgo de perderlos de vista. Tras una angustiada carrera, se detuvieron frente a un acantilado. Aquel era el

lugar adonde querían llevar al médico. Algo habría abajo que los indígenas descubrieron, y andaban como locos para que los hombres pálidos que traían el progreso viesen su descubrimiento. Cuando llegaron al fondo del barranco, Alejandro se dio cuenta de que estaban frente a la entrada de una gruta que, cubierta de follaje, no se lograba ver desde arriba. Los indígenas le empujaron para que entrara y se quedó paralizado. No sabía con qué se iba a encontrar, y durante unos instantes vaciló. Uno de ellos le entregó una antorcha y, con el miedo alojado en el estómago, entró solo en aquella cueva del demonio. A los pocos metros se volvió para mirar a los nativos: blancos de ojos asustados en la oscuridad.

Respiró hondo y se adentró en el subterráneo. Una corriente helada le calaba los huesos y los vapores de la respiración coloreaban la oscuridad. A cada paso podía sentir el frío y la tenebrosidad de aquel lugar, la angustia de su silencio y el aire envenenado de maldad. Descendió por unos escalones hechos por la mano del hombre hasta alcanzar una planicie brumosa. Un escalofrío recorrió su espalda cuando atravesó una estrecha galería que comunicaba a una sala espectral, de paredes rocosas y picoteadas de hornacinas con candelabros de velas. Los fue encendiendo uno a uno hasta ver toda la sala iluminada.

La primera frase que le vino a la boca fue nombrar a Dios cuando vio la enorme cámara relucir como un templo enterrado en el fondo de la tierra. Una atmósfera de ansiedad le insuflaba los pulmones cuando vislumbró una capilla negra con una suerte de estatuillas y grabados aterradores. Se acercó a una mesa repleta por un sinfín de viejos documentos y pergaminos. Le temblaban las manos al intentar reconocerlos y sintió el contacto de aquellos papiros como algo vivo que se retorció al desplegarlos. Rodeó la sala, y detrás del altar halló una estantería tallada en la roca, llena de frascos, probetas, utensilios de laboratorio... Se preguntó qué clase de experimentos estarían realizando allí, y con qué finalidad. Se fijó en que había varias botellas con la misma sustancia anaranjada que traía uno de los nativos.

—Seguramente lo sacarían de aquí —pensó en voz alta, con una de las botellas en la mano y un sudor frío recorriendo su frente. Las llamas de los candelabros parecían que crecían por momentos.

Tras denunciar el hallazgo, Alejandro recogió sus enseres y regresó a Europa. Entre sus bártulos, se hallaba una mochila que contenía parte de los efectos encontrados en la gruta. Nadie sospechó nada, porque mezclados con sus materiales de laboratorio no llamaban la atención. Nadie se podía imaginar que aquel joven científico de rostro sudoroso y mirada nerviosa llevaba consigo los secretos del infierno.